

Lunes, 26 de marzo de 2012
SOLEMNIDAD DE LA ANUNCIACIÓN DEL SEÑOR
Jornada por la Vida



toda la vida

Jornada por la Vida · 26 de marzo de 2012



Subsidio litúrgico
para el celebrante

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antifona de entrada (Hb 10, 5. 7):

Cuando el Señor entró en el mundo dijo: Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad.

SIGNACIÓN Y SALUDO AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R̄. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

La gracia y el amor de Jesucristo, que nos llama a la conversión, estén con todos vosotros.

R̄. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono, u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

En medio de nuestro camino cuaresmal, que nos conducirá a la celebración gozosa de la Pascua, la Iglesia celebra hoy la solemnidad de la Anunciación del Señor, en la que se conmemora el anuncio del ángel a María y la encarnación del Hijo de Dios, el inicio de su vida humana.

La Iglesia no podría encontrar mejor fecha en el año para celebrar una jornada por la vida que este día, nueve meses antes

del día de Navidad, en el que conmemoramos que, gracias a la disponibilidad de la Virgen, el Hijo de Dios se hizo carne de nuestra carne para caminar por nuestro mismo camino y conducirnos hacia la vida de Dios. Como María abrió su corazón al anuncio del ángel, abramos hoy nosotros nuestros corazones de un modo especial para que amemos y cuidemos toda vida humana desde su inicio hasta su fin natural.

ACTO PENITENCIAL

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

El Señor Jesús, que nos invita a la mesa de la Palabra y de la Eucaristía, nos llama ahora a la conversión. Reconozcamos, pues, que somos pecadores, e invoquemos con esperanza la misericordia de Dios.

Se hace una breve pausa en silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro idóneo, dice las siguientes invocaciones:

– Tú, que iniciaste tu vida humana en las entrañas de la Virgen: Señor, ten piedad.

R/. Señor, ten piedad.

– Tú, que has compartido en todo nuestra condición humana menos en el pecado: Cristo, ten piedad.

R/. Cristo, ten piedad.

– Tú, que fuiste fiel hasta la muerte para que nosotros tengamos vida y vida abundante: Señor, ten piedad.

R/. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R/. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta o se dice el himno:

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios, Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo. Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

Señor, tú has querido que la Palabra se encarnase en el seno de la Virgen María; concédenos, en tu bondad, que cuantos confesamos a nuestro Redentor, como Dios y como hombre verdadero, lleguemos a hacernos semejantes a él en su naturaleza divina. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Rx. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

LECCIONARIO: volumen V, lecturas de la solemnidad: Is 7, 10-14; 8, 10; Sal 39; Heb 10, 4-10; Lc 1, 26-38.

SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

Hoy, como volveremos a hacer dentro de nueve meses cuando celebremos el nacimiento de nuestro Salvador, después de las palabras del Credo: «Y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre», nos arrodillaremos y estaremos en silencio durante un instante.

Aprovechemos este momento para contemplar y adorar el misterio de su Encarnación, aquel momento cumbre de la historia en el que Cristo Jesús inició su vida humana. ¡Qué dignidad tan grande encierra la vida humana para que la segunda persona de la Trinidad se encarne en ella! Por eso dirán y repetirán los Padres de la Iglesia: «lo que el Verbo asumió lo redimió».

La Encarnación de Jesucristo ha elevado al nivel más alto la dignidad de la vida humana, nuestra fe descubre al hombre el incalculable valor de esta vida. La grandeza y dignidad de la vida humana exigen su respeto y cuidado desde su inicio en la fecundación hasta la muerte natural.

Imploremos la protección de María, Madre de la Vida, sobre todos los que por el dolor sienten la amenaza de la muerte y nos anime a promover una cultura de la vida y de la familia que haga posible el respeto a todo ser humano.

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe:

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se arrodillan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos. Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Recordando, hermanos, el momento en que la Palabra de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros, oremos a Dios, fuente de vida y de todo bien.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

— Oremos, en primer lugar, por la Iglesia extendida de oriente a occidente para que, a ejemplo de la Virgen María, acoja, celebre y anuncie el Evangelio de la Vida. Roguemos al Señor.

R̄. Te rogamos, óyenos.

— Oremos por todos nosotros para que el Espíritu Santo nos haga comprender la grandeza del Misterio de la Encarnación en el que Jesucristo se ha dignado hacerse hombre. Roguemos al Señor.

R̄. Te rogamos, óyenos.

— Oremos por los gobiernos y los legisladores de las naciones para que, iluminados por el Espíritu Santo, protejan eficazmente el derecho de la vida desde su inicio hasta su fin natural. Roguemos al Señor.

R̄. Te rogamos, óyenos.

— Oremos, de un modo especial en esta jornada por la vida, por los niños no nacidos amenazados por el aborto, para que su vida se vea protegida, sus madres reciban la ayuda necesaria para continuar con su gestación y nadie busque su muerte. Roguemos al Señor.

R̄. Te rogamos, óyenos.

— Oremos también por los científicos y los profesionales de la sanidad y de la atención social, para que apoyen siempre la vida y rechacen toda práctica que atente contra la dignidad o la vida de las personas. Roguemos al Señor.

R̄. Te rogamos, óyenos.

— Oremos, como hacemos siempre, por todos aquellos que sufren en su cuerpo o en su espíritu, para que reciban la ayuda que viene de lo alto y no les falte la ayuda fraternal de los cristianos. Roguemos al Señor.

R̄. Te rogamos, óyenos.

— Oremos para que nadie ignore que el sufrimiento, la vejez, el estado de inconsciencia y la inminencia de la muerte no disminuyen la intrínseca dignidad de la persona. Roguemos al Señor.

R̄. Te rogamos, óyenos.

— Y oremos por nosotros, que nos preparamos para renovar en la noche santa de la Pascua el Bautismo por el que fuimos incorporados a la vida nueva de la gracia, para que, animados por esta jornada y alimentados con el pan vivo bajado del cielo, estemos siempre dispuestos a defender el gran don de la vida humana. Roguemos al Señor.

R̄. Te rogamos, óyenos.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

Oh Dios, creador y dueño de todas las cosas, escucha nuestras súplicas confiadas y concédenos a nosotros, creados a tu

imagen y semejanza, anunciar con fidelidad el Evangelio de la vida. Por Jesucristo nuestro Señor.

Rx. Amén.

LITURGIA EUCARÍSTICA

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

Confirma, Señor, en nosotros la verdadera fe, mediante los sacramentos que hemos recibido; para que, cuantos confesamos al Hijo de la Virgen como Dios y como hombre verdadero, podamos llegar a las alegrías del reino por el poder de su santa resurrección. Por Jesucristo nuestro Señor.

Rx. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote extiende las manos hacia el pueblo y dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas sobre el pueblo, dice:

El Dios, que en su providencia amorosa quiso salvar al género humano por el fruto bendito del seno de la Virgen María, os colme de sus bendiciones.

R̄. Amén.

∇. **Que os acompañe siempre la protección de la Virgen, por quien habéis recibido al Autor de la vida.**

R̄. Amén.

∇. **Y a todos vosotros os conceda el Señor de la vida la alegría del Espíritu y los bienes de su reino.**

R̄. Amén.

∇. **La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.**

R̄. Amén.

DESPEDIDA

Luego, el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

Glorificad al Señor con vuestra vida. Podéis ir en paz.

R̄. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.

